

ELOGIO DEL NACIONALISMO

O

LA ISLA DEL AMOR Y LA GUERRA

Por Constantino Láscaris C.

A Monseñor Makarios, Presidente de la República de Chipre, como homenaje ante la lucha por la liberación de los chipriotas, y como muestra de respeto hacia quien expulsó a los británicos repitiendo la gesta de Onísilos, expulsor de los persas.

- 1) La Ciencia Política
- 2) La ejemplaridad de Chipre
- 3) La isla de Afrodita
- 4) Los consejeros políticos de Chipre
- 5) El mártir Karaolis
- 6) Las rosas de Chipre
- 7) La nacionalidad impuesta
- 8) El ideal de la paz
- 9) De Zenón a la República

1) LA CIENCIA POLITICA

La Ciencia Política es la menos ciencia de todas las ciencias. Y ello suponiendo que se sea amplio al enumerar las ciencias, pues *more* kantiano, no sería ciencia en manera alguna. Y, sin embargo, el Aristóteles que afirmaba que la ciencia trata de "lo universal y necesario", no tenía reparo en hablar de la Ciencia Política; es más, en ella subsumía numerosas disciplinas que hoy miran despectivas a la política; la Sociología, la Pedagogía, la Economía. Entre Kant y Aristóteles, es decir, entre el complejo de inferioridad cientificista y la filosofía científica, encontramos a la Ciencia Política bailando su poco concreto valor de ciencia. Y cuando las Universidades quieren salir del paso sin comprometerse, hablan de "Ciencias Políticas" y las sustituyen con la Administración Pública.

La historia occidental es un proceso constante de politización, y de deliberada e incesante politización de las masas (las minorías siempre han estado politizadas), por dos motivos: el paso a la civilización (o vida de ciudad) y la obsesión monopolista de los partidos políticos. Esta politización, en lugar de incrementar el respeto a la Ciencia Política, ha aparejado su descrédito. En parte, ayudó el bueno de Maquiavelo, pues cometió el error de introducir la sinceridad en política. Esto no quiere decir que "se sepa" más de política; "se sabe" más de Historia y de Economía, y se falsea la Ciencia Política desde estas disciplinas subalternas.

Para salir del paso, la tentación es considerar a la política como un arte. Con esto pierde algo, pero no todo. Pierde la seriedad académica, pero gana en posibilidades de justificación de los deseos concretos. Sin embargo, si la política fuera un arte, se prestaría tanto a la genialidad que habría que perder la mínima confianza en la convivencia racional de los hombres.

Así como la Física es una falsa ciencia, que ha preferido repudiar su raíz creadora, la Astronomía, para matematizarse, con lo cual ni suple a la Astronomía, pues de ésta vienen las teorías fecundas que circulan como "físicas", ni realmente ha logrado formalizarse, pues la disciplina que se formaliza totalmente se esteriliza, así la Ciencia Política ni puede ni debe formalizarse; es decir, para ser Ciencia no necesita ser más de como es: la concreción racional de un ideal de convivencia. Y su objeto de estudio es este mismo: llegar a conocer los ideales de convivencia que los hombres han tratado de realizar.

Todavía hay quienes hacen algún caso de la pseudo-afirmación pragmatista de que sin ideales los hombres llegan a moverse. El pragmatismo es simplemente uno de los pequeños trucos anglosajones para exportación: si lo importante es triunfar, no siempre la prevalencia del estómago sobre la muerte es triunfo; pero *conviene* que los enemigos lo crean para que se dejen explotar.

Un ideal es simplemente una idea fascinante. Los arquetipos, las ideas estructurales, no se limitan a amueblar el cerebro, sino que despiertan las raíces existenciales del amor y del odio. Los ideales de un pueblo encarnan la aspiración colectiva a una determinada forma de convivencia; y esos ideales son vistos con respeto o con desprecio por los demás pueblos, según se mantengan con entereza o se vivan con blandenguería. Cuando un pueblo renuncia a esos ideales, deja de ser un pueblo, para retornar al nivel de la tribu; cuando los formula con claridad y los realiza, construye la historia de la humanidad.

Por esto la Ciencia Política la hicieron los griegos. Porque los griegos fueron el pueblo por excelencia creador y realizador de ideales. Digo creador, pues crearon *todos* los ideales políticos; y realizador, pues los realizaron *todos*. Y bien sabemos cómo la vida de los "preferidos de los dioses" fue áspera, dura, terriblemente heroica, precisamente por su idealismo. Si la cólera de Aquiles mereció un cantor como Homero, no lo fue en cuanto cólera, sino en cuanto dignidad ofendida. Y sin dignidad ofendida no hay Ciencia Política, pues sin ella hay siervos y no Estados libres.

Es de tener en cuenta que el ideal no es que la dignidad no sea ofendida, pues basta que un pueblo decida decidir de su forma de convivencia, para que los pueblos vecinos se le opongan y lo insulten. La afirmación de la soberanía, o dignidad de un pueblo, es siempre dignidad ofendida, y, o se juega el papel de Aquiles o el de Tersites; o se es idealista o pragmatista; o se vive la vida del pueblo hasta la muerte, o se muere día a día bajo el tacón de un prefecto o gobernador extranjero (hoy día usa con frecuencia el nombre de "embajador").

La dignidad ofendida no quiere decir falta de solidaridad con la humanidad. Por el contrario, solamente por la realización del ideal político de la convivencia de un pueblo, este pueblo puede incorporarse más tarde en un Estado supra-nacional, si tal llega a ser su deseo.

Así como los astros se ofrecen a la mente humana realizando cosmos racionales, así los pueblos son vistos por la Ciencia Política como estructuras racionales. Y así como hay entre las nebulosas algunas que solo son masas de gases todavía no siste-

matizadas, así hay conglomerados humanos a nivel de tribus, y ni esas nebulosas ni las tribus pueden ser objeto de ciencia, pues en ellas nada hay que hable a la inteligencia. Por eso, la Ciencia Política rinde culto a Platón.

Algunos demócratas "pacifistas", dignos del mayor respeto, como Russell, repiten que Platón era un totalitario. Lo fuera o no lo fuera, sistematizó la noción de "interés general" (de bien común, divulgada por su buen discípulo Aristóteles), y esta noción ha sido ya ideal *sine qua non* para el Occidente. Es el axioma número 1 de la Ciencia Política. Y cuando Pericles pronunció su discurso fúnebre por los atenienses muertos por la libertad de Grecia, formuló el axioma número 2 de esta Ciencia. Y cuando Alejandro desposó a griegos con persas, formuló el axioma número 3. Los podemos formalizar así: 1º, solamente el bien general permite realizar el bien individual; 2º, la libertad de la convivencia merece y a veces exige la muerte; 3º, la convivencia de un grupo humano sólo tiene los límites que este grupo humano establece. En líneas generales, con terminología más jurídica, las Naciones Unidas procuran la realización de estos axiomas. El más candente, el segundo, suele denominarse "derecho a la autodeterminación de los pueblos".

2) LA EJEMPLARIDAD DE CHIPRE

En la parte oriental del Mediterráneo se halla una isla, de nueve mil km². Su litoral sigue la forma de una sartén abollada. Quebrada por montañas y acantilados, goza de valles y llanadas. Entre la Micrasia y Egipto, entre Grecia y Siria, vigila a la vez Constantinopla y Suez, y ha sido buen abrevadero desde el norte hacia el sur, desde Occidente hacia Oriente.

Su nombre es Chipre, es decir, la rica en cobre. Desde la prehistoria hasta hoy ha sido rica en cobre, en su noreste, en Skouriotissa, y no se puede olvidar que con el cobre se inició la Edad de los Metales, en la que todavía nos hallamos. Esto es decir que gracias a Chipre se superó la Edad de Piedra, y que los pueblos del Oriente Próximo necesitaron del cobre de Chipre.

Así nació la radical dignidad ofendida de Chipre. Al no ser un territorio aislado y pobre, sino neurálgico y rico, nació a la historia como presa codiciada. Y de ahí su destino heroico.

La historia de un pueblo *cualquiera* no es la historia de la humanidad. Pero la historia de los pueblos griegos sí. Baste recordar que desde el tercer milenario antes de la era medieval, los griegos hicieron la historia a través de Creta y Micenas; que desde los tiempos homéricos la siguieron haciendo, y que mientras el occidente del Mediterráneo caía en la barbarie del Medievo, los griegos hacían la historia en Bizancio. Ningún otro pueblo puede presentar una trayectoria de tres períodos semejantes, tanto por su calidad como por su función decisiva para la humanidad.

Pero téngase en cuenta que cuando hablo de pueblos griegos entiendo: colectividades con voluntad de realización de la convivencia helénica. Es decir, los tres axiomas antes señalados, pensados en griego. Ni se trata de razas (Sócrates era negroide y Aristóteles macedonio; Aquiles rubio y Hércules Melanipio mulato), ni de asociaciones mercantiles, ni de clases sociales en lucha, sino de hombres concretos que vivieron en griego los mejores ideales políticos de la humanidad.

Desde la noche de los tiempos los griegos poblaron Chipre (1). La isla rica en cobre fue y es rica en griego. Cuatro mil años largos de vida griega en

(1) Los chipriotas "...parte son oriundos de Salamina y de Atenas, parte de la Arcadia, parte de Cidno, parte de la Fenicia y parte de la Etiopía, según los mismos chipriotas nos refieren" (Herodoto, VII, XC).

Chipre, sujeta a las acechanzas incesantes del poderoso del momento (el egipcio, el asirio, el persa, el árabe, el veneciano, el franco, el turco, el anglo-sajón), muestran permanentemente el hálito viviente del mismo ideal: la convivencia en paz libre de extraños. Es curioso que el lenguaje que presta Shakespeare a los soldados venecianos de *Otelo* sea exactamente el mismo de los soldados ingleses del General Harding: el recelo hacia los rebeldes chipriotas, siempre levantiscos (2).

Ciertamente Chipre es montañosa, pero no tanto como Creta. Chipre es una isla abierta a los mares, mientras que arribar a Creta es peligroso. De ahí que mientras el cretense es por excelencia montañés, pastor de alturas, hombre curtido por la áspera vida de los riscos verticales, cultor de Ares, el chipriota es *más isleño*. Lo que tiene el cretense de prototipo del griego montaraz, lo tiene el chipriota de griego humanitario. La llegada a Creta no la pudo pintar ni Dominico Theotocopuli; sólo Zeus. La llegada a Chipre, en cambio, no es enfrentamiento, es acogida.

Cuando el mar y los acantilados lo permiten, el griego es el hombre hospitalario por excelencia. Y en Chipre lo permiten. Y el chipriota abre la mano a quien se detiene en la isla de paso.

Por esto Chipre fue puerto permanente en las más viejas rutas y es aeropuerto principal cuando ya se viaja por el aire. Afrodita Anadiomena fue deidad marina, señora en las Ofiusas, las islas griegas del Mediterráneo.

3) LA ISLA DE AFRODITA

El viejo Urano, el Cielo, reinaba sobre los mundos. Para conservar el poder, devoraba a sus hijos, antes de que llegasen a adultos y pudieran suplantarlos. Pero Urano engendró a Cronos, el Tiempo, y a Cronos no se lo devora. Un día Cronos con una segur cortó los genitales de su padre, y lo reemplazó en el poder sobre los mundos; nació el reino de la Temporalidad. El despojo de Urano cayó al mar, en el que flotó, y en algún momento, el despojo eyaculó todavía una vez. El semen de Urano sobre el mar engendró a Afrodita: nació Chipre.

"La virtud varonil del cielo", como la formuló Don Francisco de Quevedo, engendró a Chipre-Afrodita. Chipre es así el único lugar de la superficie terrestre directamente concebido por el Cielo mismo.

Lo cotidiano es tener padre y madre.

Chipre no tuvo madre. Urano sufrió la partenogénesis del orgasmo y su mitad seminal integró la seminalidad radical, la quintaesencia incontaminada del dios padre de los dioses. Chipre es la isla de Afrodita, o sea, en lenguaje mágico, es Afrodita misma, virilidad divina perfumada por el mar de Levante.

Afrodita es hembra, Afrodita despierta a Pan. Tiene amplias caderas y vientre redondo. Pero Afrodita no es una matriz. Ella es la fuerza vivificante de las matrices, y es el placer digno de un macho. Ella es el astuto medio de que se

(2) "...; con tal ocasión le desafías (a Casio Gobernador veneciano de Chipre), y esto me basta para que se arme un tumulto entre los isleños, que llevan muy a mal el gobierno de Casio" (Shakespeare, *Otelo*, acto II, escena I).

vale el cielo Urano, para que los hombres, despierto Pan, fecunden hembras y se mantenga la especie. Y así Chipre fue y es para los navegantes la Afrodita Anadiomena que salva la especie como puerto de avituallamiento y como hembra bella para el brutal marinero masturbador, y como veta de rico cobre para el fabricante de espadas o de hilos de teléfonos, y como base estratégica para el imperialista del momento.

Afrodita no es mujer. Los hombres buscamos lo eterno femenino en cada mujer concreta, pero, al menor descuido, encontramos la réplica del hijo. La muy inflada vanidad del macho es utilizada por la naturaleza al servicio de la especie andrógina. Afrodita, virilidad pura del cielo, es vida fecundante, es catalizador de sexos. En una palabra, es la amante perfecta de Ares, la guerra pura. Del deseo de los conquistadores de imperar sobre Chipre nació (¿por qué no?) la polaridad Ares-Afrodita. Y (¿por qué no, otra vez?) Ares era Creta. El griego de la Talasocracia fecundaba a Afrodita misma, complaciente. Pero Afrodita repudiaba ayuntarse ella misma con quien no fuera su hirsuto amante. Dicho hoy, Chipre ama la enosis, pero no con cualquiera, sino con Grecia.

O bien, si nos atenemos a los hechos, Afrodita es Chipre en la mujer chipriota; como Ares es Chipre en el hombre chipriota. Desposar a Afrodita es ser Ares, pues la guerra más violentamente guerreada es el coito. En amor solo hay batallas, siempre ganadas y siempre perdidas. Y la hembra en celo provoca en el macho o posesión o celos. El chipriota o posee a la chipriota Afrodita o tiene que combatir para guardársela, jugándose la vida.

Es una ley universal, ciertamente. Pero en Chipre tenemos el paradigma. Recordemos la historia.

Ricardo Corazón de León mereció que le apodasen Corazón de León. Mucho quiere decir esto. Ricardo tuvo que ser bravo, con el valor impetuoso del rey de las fieras. Ricardo poseía el valor del hombre que espada en mano arrolla con el pecho masas de hombres. Ricardo fue entera encarnación de Ares, la guerra. Pues bien, del guerrero dependió el destino de Chipre una vez más. Cuando en 1191 Ricardo quiso visitar a su prometida Berengaria, no se le permitió desembarcar. ¡Se prohibía el connubio de Ricardo y Berengaria, de Ares y Afrodita! Entonces, Ricardo conquistó Chipre y llegó hasta Afrodita y la desnudó. Olvidó la cruzada y se dedicó a aplastar chipriotas, hasta que, cansado, vendió la isla.

Cuando los hombres son bravos y las mujeres son bellas, tener hijas o hermanas es terrible. No basta con cumplir cotidianamente con la tarea de existir. Hay que velar para defenderse del pirata que rapta mujeres, ya para amarlas, ya para traficar con ellas. El padre, el hermano tienen que poner en juego la vida misma en defensa de la Afrodita Parthenos.

¡Cuántas veces los hombres chipriotas han tenido que alzar la espada frente a los corazones de león de todo el mundo conocido! Esta historia Chipre no la cuenta por años, sino por milenios. Metales y mujeres, las mayores tentaciones para el nómada errabundo, son posesión que cuesta defender.

4) LOS CONSEJEROS POLITICOS DE CHIPRE

En todos los países hay gente que da consejos políticos a los gobernantes. Es menos frecuente que se den consejos a gobernantes de otros países, aunque también sucede. Sin embargo, el caso de Chipre es peculiar. La calidad de quienes "aconsejaron" a los gobernantes chipriotas (Isócrates, Aristóteles, Julio César, Tomás de Aquino) pone de relieve una problemática especial, que ha tentado a los pensadores.

Conocemos a Evágoras, príncipe de Chipre, porque Isócrates le dirigió un *encomio*, y a su hijo Nicocles porque el mismo Isócrates le dirigió un *protréptico*. Son bien conocidas estas obras de Isócrates como modelos del ilustre orador y político. Pero es especialmente importante el *protréptico* porque en él Isócrates enuncia los ideales pragmatistas de su escuela política, los mismos que atacó tan duramente Platón. El modelo de Príncipe del *Al Nicocles* es el correspondiente a la sofística, un príncipe ilustrado, contrapuesto al modelo caballeresco patrocinado por los conservadores, como Teognis.

Conocemos a Temisón, príncipe de Chipre, porque Aristóteles le dirigió un *protréptico*. Esta obra, que ha sido laboriosamente reconstruida a partir del *protréptico* de Jámblico, ha modificado la perspectiva del conocimiento del pensamiento aristotélico. Un Aristóteles platónico, imitador del estilo de Isócrates, escribe al príncipe de Chipre, para convertirlo en miembro de la Academia platónica. Esta invitación va acompañada por una extensa exposición de la filosofía política platónica. No entraré en el detalle; sólo daré los rasgos generales.

La política es ciencia, como conocimiento de esencias. El príncipe deberá hacerse filósofo y para llegar a serlo deberá estudiar geometría (3). Aristóteles le dice a Temisón que la riqueza y el poder le hacen apto para la filosofía. Y proclama el ideal de la vida filosófica, ese ideal que venía desde Pitágoras, Empédocles y Platón, y que consiste en el manejo de las cosas del mundo, no porque valgan, pues no pasan de ser fantasmagorías, sino desde el plano de la *theoria*: solo el alma cultivada debe ser llamada feliz; la vulgaridad ligada al poder y a las riquezas produce la locura; de esclavos es verdaderamente suspirar por la vida en vez de hacerlo por la buena vida. Para ello, la política científica deberá ser filosófica; los empíricos no llegan al conocimiento de las esencias. La Ética es una ciencia exacta, la de lo justo y lo injusto; la política filosófica tendrá por objeto "lo exacto en sí mismo", o sea, la Política geométrica. Por lo demás, también platónicamente, la vida solo es preparación para la muerte.

Cuando Aristóteles se relacione con Hermias y con Filipo de Macedonia, y olvide a Chipre, cambiará de teoría y escribirá su *Política*, menos idealista que la platónica. Su *Ética a Eudemo* la dedicará al mismo Eudemo, el chipriota, miembro de la Academia, que moriría en Sicilia frente a Siracusa en la guerra platónica (354), y que le había relacionado con Temisón.

No se ha conservado el *Anti-Catón* de Julio César, el gran tratante de esclavos, pero sabemos que fue un virulento ataque contra la actuación de Catón el Menor como gobernador romano de Chipre. Plutarco (4) nos informa, ya que no de la parte doctrinal, sí al menos de que el ataque fue por la administración financiera, y si no podemos creer, ya que se trata de Catón, de que se apropiase caudales, sí creemos que expolió la isla y embarcó para Roma toda la fortuna del difunto Ptolomeo, príncipe de Chipre. Así, tenemos en Catón el prototipo del gobernador extranjero de la isla: el expoliador.

Pasaron los siglos. Por el lento proceso de helenización de Roma, Chipre se encontró reintegrada en el mundo griego, dentro del Imperio Bizantino. Pero Cronos es inexorable incluso con Afrodita, y siguieron pasando los siglos, hasta el

(3) Este consejo aristotélico hoy debe ser traducido así: es urgente la creación de una Universidad, que eduque las minorías intelectuales.

(4) *Vidas Paralelas, Catón el Menor*, XXXVI-XXXVIII.

momento en que los francos, normandos, catalanes, etc., se volcaron sobre el Levante. Tras algunos avatares, que en la Historia grandilocuente se justifican como Cruzadas, Chipre quedó como un feudo de los Lusignan.

Ya avanzado el siglo XIII, gobernaba Chipre Hugo III Lusignan. A él parece ser que dirigió Tomás de Aquino su famoso *De regimine Principum ad Regem Cypri*.

Tomás de Aquino, dominico, el principal teólogo cristiano, el filósofo que la Iglesia católica tomó como su guía durante siglos, fue el autor de la síntesis teológica más importante del Medioevo cristiano. De entre sus obras, es bien conocido el "Sobre el Gobierno de los Príncipes". ¿Lo dedicó al Príncipe de Chipre por un compromiso? ¿Por un azar? No compaginan estas suposiciones con el recio carácter de aquel hombre, que en la adolescencia se negó a que lo pusieran de Abad de Montecasino y que como medicante no cedió, con humilde arrogancia, ante nadie.

El "Sobre el Gobierno de los Príncipes" es una importante exposición de la doctrina política teocrática. Dios es rey de reyes, y de él proviene el poder de los reyes. Sin embargo, Tomás de Aquino, además de teólogo cristiano, se había empapado de la doctrina de Aristóteles. El teocratismo resulta, así, moderado por la doctrina del bien común, y ello permitiría entonces poder *medir* la rectitud del gobernante. La doctrina del origen divino del poder había pretendido establecer la inmunidad radical del gobernante. La doctrina del bien común (que es siempre el de los gobernados y nunca el de los gobernantes) permite distinguir entre el Príncipe recto y el Tirano.

La gran sorpresa que nos depara Tomás de Aquino se da cuando escribe: "nisi tyrannico regimine, ut accidit in insula Sardiniae et Corsicae, item in quibusdam insulis Graeciae, item in Cypri, in quibus dominantur nobiles principatu despotico vel tyrannico" (III, XXII). Es decir, el Principado de Chipre era *despótico* y *tiránico*, conceptos que Tomás de Aquino usa de manera técnica y explícita.

Entonces, ¿Tomás de Aquino dedicaba a Hugo de Lusignan la obra sin acordarse de lo que en la misma había escrito? ¿O era un humorista con ganas de satirizar? Veamos una explicación más seria y más filosófica.

Tomás no dice que un Príncipe determinado de Chipre fuera un tirano. Lo que dice es que el "régimen", la *forma de gobierno* de Cerdeña, Córcega, algunas islas griegas y Chipre en aquellos años era despótico y tiránico y especificando que en esas islas gobernaban *nobiles*. ¿cuál era el nexo común entre los gobernantes de esas islas? Sólo hay uno: el ser *extranjeros* respecto a las poblaciones, y mantenerse sobre éstas por la fuerza. Hugo de Lusignan era tirano "de origen" y "de ejercicio".

De esta manera, se explica que Tomás de Aquino dedique su obra, y en el título mismo, no a *un* príncipe de Chipre, sino *al* Príncipe de Chipre; o sea, no al individuo, sino a la familia reinante. Es decir, el teólogo, por aplicar la doctrina del bien común, se dirige al príncipe de Chipre, no con obsequiosa dedicatoria, sino todo lo contrario: como guía de recta doctrina dirigida al tirano que la necesitaba.

La ocupación de Chipre por los Lusignan, así, era condenada por el principal teólogo católico, que no encontró atenuantes. Ocupación despótica y tiránica, sin paliativos, por ir contra el bien común de los chipriotas.

En adelante, no será posible formar teorías nuevas dirigidas a Chipre. La teoría completa estaba elaborada. Tenga el poder origen mediato casual o divino, siempre su origen inmediato debe ser el pueblo mismo, y el fiel de contraste del

gobernante es el bien común de los gobernados. Para los turcos y los británicos, no harían falta exhortaciones doctrinales: en el plano de las ideas todo estaba claro. Por eso se inventaría el "pragmatismo", para poder decir una cosa (bien común, paz, libertad de los hombres) y hacer otra (aplastar, explotar, cobrar tributos).

Pero las ideas vividas por griegos son ideales. Y los chipriotas obligaron por la fuerza a que se respetase su bien común.

5) EL MARTIR KARAOLIS

Hacia nueve años que reinaba el hambre en Egipto, en tiempo del mitológico Busiris. El adivino Frasio chipriota declaró a Busiris que la abundancia retornaría al país cuando se inmolase un extranjero en el altar de Zeus. La primera víctima fue el adivino Frasio.

Leyendas semejantes son frecuentes. Con ellas se justificaba la xenofobia, en general, so capa de religión. En la práctica, este tipo de xenofobia se ha utilizado en las épocas de debilidad, ya que en los períodos pujantes el meteco es útil para el comercio. Por esto, Ovidio (5) nos cuenta la cólera de Afrodita contra la ciudad de Amathunta y el castigo a su canibalismo.

Pero me interesa un caso especial: cuando el meteco se hace con el poder. Entonces, nueve años de hambre justifican el holocausto del extranjero. Y si en lugar de nueve años de hambre, son décadas de despotismo, de explotación y sacrificio en beneficio exclusivo de los parientes del meteco, entonces el holocausto, no solo se justifica, sino que se hace imprescindible. De asunto pragmático de calmar el hambre, se pasa a defender la supervivencia de la convivencia oprimida desde fuera.

El colonialismo tiene una justificación eficaz: la fuerza. Por eso, sólo se repele con la fuerza llamada patriotismo.

El colonialismo recibió toda una justificación teológica en el siglo XVI por obra del dominico español Francisco de Vitoria. En el siglo XIX, Francia e Inglaterra utilizaron los mismos argumentos del P. Vitoria: la libertad de comercio, la libertad de propaganda religiosa, etc. Y en nombre de la libertad se explotó a la mitad de la humanidad. Pero ahora no me interesa repetir lo que todo el mundo sabe. Solo lo que el colonialismo hizo con Afrodita.

En el año 1878, la Gran Bretaña compró al Imperio Otomano la isla de Chipre. Con la isla compró los habitantes, a los cuales expolió luego el precio a pagar a Turquía. Bajo los turcos, la población chipriota, escasa, recibió el habitual trato astuto de los turcos a los pueblos sometidos: amplia autonomía a través del clero (6).

(5) *Metamorfosis*, X, 220-237.

(6) La ocupación turca sólo merece elogios por lo hábil. Se cerraron las minas, se empobreció la agricultura y se quemaron los bosques. Los alzamientos de 1578 y 1607 fueron aplastados con masacres a la turca. En 1821, la isla se alzó al mismo tiempo que toda la Hélade; el 9 de julio fueron masacrados el Arzobispo Cipriano, los tres Obispos, de Pafos, de Kition y de Kyrenia, y durante seis días la isla se enconbró de cadáveres. Los sobrevivientes sufrieron nueva matanza en 1827. Puede verse la historia del martirologio en: *Thanou K. Bagenia, Chronika tis kyprou*, Atenas 1954.

La Gran Bretaña utilizó Chipre como base estratégica en la ruta de su petróleo. Suprimió toda traza de autarquía, aisló a la población respecto a Grecia y dificultó el desarrollo de las escuelas y periódicos; al mismo tiempo, provocó la emigración de más de cien mil chipriotas, es decir, un sexto de la población. Era la política de siempre con las colonias de la Corona. Igual que siempre, también, cuando hizo una guerra, en especial la última mundial, reclutó 30.000 chipriotas en sus no siempre disimuladas tropas coloniales. De paso, prometió la independencia una vez más, pues ya el colonialismo empezaba a ser mal visto.

La población chipriota creció, y muchos chipriotas viajaron, y aunque aprendían inglés hablaban el griego con reciedumbre, y aunque eran pacíficos no gustaban de ser explotados, y como amaban su terruño no veían con placer que se lo usase como base extranjera del petróleo extranjero, y como los hombres chipriotas eran hombres no amaban que se prostituyese a la isla de Afrodita, y como las mujeres chipriotas eran mujeres no amaban ver aplastados a sus hombres, y como Chipre no era Malta Chipre quería vivir con Grecia, y aunque los chipriotas no odiaban a los ingleses decidieron, ya que no se iban, echarlos (7).

En una palabra, la opresión británica exasperó el patriotismo. Y como las treinta y cuatro solicitudes pacíficas no fueron escuchadas, el pueblo se alzó en 1931; igual que en 1821.

En el mundo de los últimos veinte años, las potencias, aunque procuran como siempre hacer lo que quieren, tienen que guardar ciertas formas ante el cónclave de las naciones. Los chipriotas lo sabían y decidieron "forzar el espectáculo", poner en evidencia que la Gran Bretaña solo practica la libertad entre los hombres cuando se ve obligada, y que solo respeta la autodeterminación de los pueblos cuando estos pueblos la reciben a tiros.

La actuación de la isla de Afrodita fue entonces ejemplar. Toda entera se sintió entonces Afrodita guerrera (la "matadora de hombres", que tuvo su templo en la griega Trica; la Afrodita guerrera esculpida por Policeto el joven y consagrada en el templo de Auriclea por los esparciatas) y toda entera vetó la isla a los anglosajones. Y como contra un pueblo entero (entero por entereza y entero por unidad) no hay política que valga, el plante de Chipre era decisivo. La Gran Bretaña tenía que optar entre abandonar la isla o exterminar la población. Pero decidió comprobar la entereza de los chipriotas y les aplicó la misma "política" que aplicaba a los mau-mau; el látigo y el campo de concentración. Y tristemente famosos fueron los campos de tortura de Xero y Amorphita. Y fueron las huelgas, la no colaboración, y bombas en sitios llamativos; y los soldados británicos aprendieron pronto la vigencia de la vieja sentencia estoica de que la vida cotidiana es guerra.

El gobernador británico (execrado sea su nombre) tomó todas las medidas militares. Ya se sabe cuáles. Y los "jueces" ingleses aplicaban a los patriotas chipriotas la ley inglesa.

Karaolis fue atrapado con una pistola. Fue juzgado y condenado a muerte. En inglés, era un presunto asesino, a matar para que sirviera de escarmiento. En griego, era un patriota, a imitar. El gobernador británico hizo cumplir la británica sentencia.

(7) Para los detalles, por lo demás conocidos de todo el mundo, me remito a: Th. G. PAPAMANOLI, *Historia in ten Kypros*, Atenas, 1954; y J. L. GOMEZ TELLO, *Chipre y la Autodeterminación*, s. j., s. l.

Pero la muerte de Karaolis no era una muerte cualquiera. Se hizo símbolo de la muerte del pueblo chipriota.

Lawrence Durrell, un inglés amante de Chipre, salió de la isla el mismo día en que el mártir Karaolis subía al patíbulo. Y así describió su partida:

"Bajé una vez más por la calle principal hasta el auto en medio del mismo silencio ominoso y pesado, observado una vez más desde muchas grietas y ranuras de las viejas casas, sin despertar comentario alguno. Y una vez más la aldea se contempló atentamente los zapatos, en silencio bajo el gran árbol... congelada en su inmovilidad. Los ojos que eludían los míos, apartándose con timidez de mi mirada, "como mariposas vernaes" ... no puedo decir que estuvieran llenos de odio. No, es que simplemente les dolía mirarme. La visión de un inglés se había convertido en una obscenidad en el claro aire primaveral, dorado como la miel" (8).

Mártir es el hombre que da su vida en testimonio de una causa. El mártir Karaolis fue matado y los chipriotas vivieron en su muerte la muerte de la patria. Y como la muerte es fecunda, la muerte de Karaolis decidió la independencia de Chipre.

"La visión de un inglés se había convertido en una obscenidad..." La Gran Bretaña, el país del egoísmo por excelencia, ha logrado el honor único de que su mismo nombre sea un insulto: "hijo de la Gran Bretaña". Y así se comportó con la muerte de Karaolis el gobernador inglés, como un hijo de la Gran Bretaña. Aquel día la visión de un inglés era algo *obsceno*; la Gran Bretaña quiso jugar el papel de Ares, pero le resultó el de la Afrodita Pandemos. Los chipriotas no compraron los favores de la prostituta; la vieron obscena y le exigieron fuera viril. Y en adelante fue el morir matando.

Karaolis, mártir por la patria. Karaolis, sangre un día caliente y hoy muerto. Karaolis, asesinado en frío porque amaba a sus paisanos. Karaolis, tu recuerdo no será nunca obsceno. Karaolis, santo, santo, santo.

6) LAS ROSAS DE CHIPRE

Es bello el viejo mito de la rosa blanca sobre la que cayó una gota de sangre de Afrodita y se convirtió en una rosa roja.

La rosa por definición es la rosa rosada. Pero los rosales florecen todos los colores. Entre ellos, la rosa absoluta es la rosa blanca, la de la perfección íntegra. Si Afrodita sufre, la rosa blanca pierde su pristina serenidad, se conturba y enrojece.

Cuando Chipre nació de la virtud seminal del Cielo, como Afrodita se gozó en la rosa blanca. Luego llegaron los tiempos penosos; un chipriota tras otro fue mártir y la rosa blanca enrojeció. Toda la tierra de la isla es rosa roja por carisma de la sangre de Karaolis.

Para la biología la sangre es vehículo de glóbulos y hormonas. Para la Ciencia Política la sangre es el elemento engendrador de varios teoremas.

(8) *Limones Amargos*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1962, p. 309.

La sangre fresca es roja. En un dedo de la diosa brota una gota rojamente redonda, rojamente vivificante. Y entonces los hombres yerguen la cabeza, cuadran hombros y pies, interrumpen la labor del día cotidiano y contemplan la rosa roja.

Por perfecta, la rosa blanca es idea pura. Por roja, la rosa roja es vida entera. Y en la rosa roja amorosamente el hombre acaricia el pétalo y mira la belleza de existir, esa vida en la que hay que hacer un alto para ganar la conciencia de la vida. El rojo enciende la sangre en ojos y arterias, despierta lo hondo del pensamiento y obliga a ser sincero.

Una gota de la sangre de Afrodita cayó en la uva blanca, y nació la uva garnacha. El alcohol puro, el aguardiente (el agua-de-vida de la alquimia), es el mejor desayuno, para desentumecer el estómago; pero Diónisos aceptó el obsequio de Afrodita y difundió entre los hombres el vino tinto. Las rosas de Chipre en lágrimas formaron el vino de Chipre. De esta manera, al beber el vino rojo, la celeste fuerza del amor se trasiega en las venas; la vida es entonces placentera, exuberante, pletórica. La comunión cósmica despierta: vale la pena vivir la vida.

Y entonces los hombres aman la vida. Aman contemplar a Helios y las Hespérides en el Cielo, aman las náyades bajo los frondosos plátanos, aman al prójimo. Y como el amor es total, la interrupción es dolosa, y el interruptor es odiado. Las rosas de Chipre quieren a Chipre para sí mismas; para el meteco también se ofrecen rojas, mientras el meteco no va de uniforme. En este caso, desenfundan sus espinas y retornan al primitivismo de la zarza inhospitalaria. Y si el meteco es contumaz, las rosas rojas se empapan de sangre alucinante y su vaho es grato a Afrodita.

Reinstaurado el orden, el griego sigue su vida cotidiana, trabajando con ahinco el valle y el mar, el risco y la ladera, en la dura tarea de vivir.

7) LA NACIONALIDAD IMPUESTA

Se suele caracterizar el Renacimiento como el período en que se inician las nacionalidades. Esto es cierto respecto a Francia, país que logra aglutinarse precisamente como medio de defensa frente al cerco a que la someten los Austrias; y a Inglaterra, país que se constituye como nación por oponerse al continente, lo cual será en adelante su destino. Es exacto solamente a medias respecto a España, pues los Reyes de Aragón y de Castilla estabilizan matrimonialmente una cierta unidad cuasipeninsular, pero que tardará hasta el XVIII, con los Borbones, en adquirir caracteres de homogeneidad jurídica. Y no hay más nacionalidades en el Renacimiento. En realidad, el período de las nacionalidades es el ciclo formado por los siglos XIX y XX, y son el fenómeno más *contemporáneo*.

Una falsa perspectiva explica que con frecuencia se diga lo contrario: cuando los historiadores han sido ingleses o franceses, por chauvinismo, han escrito que las nacionalidades son fenómeno renacentista, pues hacen girar la historia por la suya local. Cuando han sido alemanes o italianos, pasan rápido sobre la contemporaneidad del nacionalismo en unos casos, o la exasperan al colmo en otros, haciéndolo así antipático.

El Romanticismo ha sido el auténtico desvelador de nacionalidades; de él proviene la construcción como nación de las entidades políticas. Incluso en los casos de Inglaterra y Francia, ha sido el XIX el siglo que les ha dado sus caracteres típicos. No se puede olvidar que Francia se acuña de nueva forma con su defensa militar ante el segundo cerco, el establecido por Inglaterra y los Borbones contra

la Revolución y el Imperio. Y a su vez, Inglaterra se nacionaliza en su empeño por mantener fragmentado el continente. Con esto, vemos unido el proceso colonialista de ambos países, los únicos, con Portugal y Bélgica, que han sido capaces de mantener unidos ambos procesos. España, escasamente nación, sólo adquiere cierta conciencia de tal cuando pierde las últimas colonias, 1898, y tras haberse desangrado en las feroces guerras civiles carlistas, consecuencia del descrédito de la Corona en las dos primeras décadas del XIX.

Entre el XIX y XX se han constituido un centenar y medio de naciones. Y sin embargo, también sobre este proceso se da una falsa perspectiva. El peso de las dos entidades no nacionales, la URSS y los USA, hizo que algunos historiadores hayan presentado el XX como el siglo de la supra-nacionalidad. Es un hecho histórico que siempre una ideología universalista provoca una reacción localista. El siglo XX nos ofrece la colosal paradoja de ser el siglo de la humanidad, como ideal vivido por primera vez en la historia, y de ser el siglo de las nacionalidades por excelencia. O si se quiere, el siglo en que realmente el poder de los núcleos extra-nacionales citados es tan grande, que la reacción en los demás núcleos es nacional.

El impacto de este proceso es tan fuerte, que vemos con frecuencia que grupos humanos no destinados a formar naciones, se ven obligados a formarlas por el ritmo de los demás pueblos. Unas veces, los azares de la administración colonial, que han agrupado a tribus variadas, han llevado en su lucha por la independencia a estas tribus a adoptar la escisiparidad de la nación, como medio de ganar la dignidad ofendida. Otras veces, la envidia o el miedo de las potencias, impiden la constitución de un pueblo, destinado a ser nación, como nación.

La política de las tijeras fue inventada en Centro-Europa. Austria, Polonia y Rusia la practicaron con frecuencia. En última instancia todo consistía en repar-tirse de cuando en cuando como siervos a los pueblos eslavos. Luego, Rusia y Austria la practicaron reiteradamente con Polonia. Pero quienes han hecho un axioma político de la "doctrina de las tijeras" han sido los anglo-sajones.

La política "prudente" de las tijeras es obra inglesa. Y la llamo prudente pues ha solido apoyarse especialmente en la religión. La separación de Bélgica sólo puede tener dos justificaciones: la religión (aunque hoy la mitad de los belgas se encuentran sin religión) e Inglaterra. Es bien conocido el viejo lema del "divide y vencerás". Lo extraño es que los divididos nunca se dan cuenta hasta que es tarde. Toda la historia de Inglaterra es el éxito en una serie de divisiones: Portugal respecto de España, Irlanda del Norte y del Sur, Palestina entre judíos y árabes, los países árabes en una filigrana de artificialidades, el Pakistán y la India y Ceilán, Egipto y Sudán, Bélce y Guatemala, y África pulverizada, Indonesia y Malasia y paremos de contar. La única justificación histórica es extrínseca a la naturaleza misma de los pueblos en cuestión. Han sido intereses de fuera los que han condicionado su desenvolvimiento. Por esto, es acertada la afirmación de que el colonialismo engendra los nacionalismos. Y si la sublevación de Hungría fue feroz lo fue precisamente por nacionalista, en una forma virulenta que la misma presión alemana no había logrado.

Los otros anglo-sajones, los norteamericanos, han copiado la táctica. Pero con menos "prudencia" o acaso con mayor desprecio de los localismos, no cortan siguiendo fronteras religiosas, sino por paralelos, aunque esto no sea característica exclusiva de los norteamericanos, pues esos cortes han sido de común acuerdo con la URSS. Las dos Coreas, los dos Viet-Nam nos muestran casos límites de la misma escisiparidad: las dos Chinas, las cuatro Alemanias (hoy dos, más media con Berlín).

La URSS es menos delicada: vecino asimilable, lo asimila, es decir, lo rusifica; vecino no asimilable, también lo asimila, con métodos un poco más enérgicos.

Ante esta situación, una vez más la posición de Chipre es ejemplar. Las tijeras de Inglaterra realizaron con el Imperio Otomano su mejor tarea, dejándolo hecho piltrafas. Una de ellas fue Chipre. Ahora bien, Chipre no ha tenido nunca conciencia nacional; ha querido siempre voluntaria y conscientemente su destino de provincia, dentro del marco nacional griego. La Enosis no es invención anti-inglesa; la Enosis viene desde la lucha contra los turcos. En el proceso de independencia de Grecia, Chipre no fue una parte del mismo precisamente por haberse entrometido en el mismo la Gran Bretaña, transformando la por vocación y revolución provincia griega en una colonia. Noventa años duró esta situación. Por eso, el proceso de Chipre se distingue del de otros pueblos (parte de los africanos y algunos de los latinoamericanos) en que no representó el paso de lo local a lo nacional. Todo lo contrario, fue el paso de lo provincial a lo colonial. Y este paso ha sido forzado desde el exterior. Dos causas: la una, mantener una base estratégica; la otra, debilitar a Grecia.

La Gran Bretaña (y en parte también Francia) se encontraron un día ante el triste destino de que la Turquía bien recortada que habían dejado iba a ser recortada todavía un poco más por Grecia; ese recorte no les hubiera molestado si hubiera sido un recorte *cualquiera* (si acaso, se hubieran adelantado a apropiárselo, como sucedió con Chipre). Se trataba de Constantinopla. Desde ese momento, la Constantinopla codiciada por los rusos y reivindicada por los griegos fue la causa del debilitamiento de Grecia. Entre un bastión griego y uno turco frente a Rusia, los anglo-sajones prefirieron uno turco. De ahí que Chipre tuviera que elegir entre ser colonia o ser nación, cuando no quería ni lo uno ni lo otro.

Cuando un país poderoso colonializa a uno inferior (unas veces inferior en cultura; otras simplemente en dignidad), puede esperar algunos brotes de descontento, pero, mientras quiera, lo mantiene sujeto. Por ejemplo, la Gran Bretaña pudo mantener sujeta a la India mientras quiso; le acordó la independencia (las tres independencias resultado de la tijera) cuando la contabilidad mostró déficit. Pero cuando se colonializa a un pueblo al menos igual, la situación es diferente: entonces se da una política de halagos y de promesas, una taimada labor de esperanzas y de amenazas, cuya única misión es hacer pasar "en paz" el día presente.

Que Malta llegue a ser una nación no lo entenderá nunca nadie. Que Chipre tenga que ser una nación, no debería poder entenderlo nadie. Es la irracionalidad misma convertida en ley. No es el triunfo de Afrodita, ni de Ares; el amor y la guerra nunca engendraron monstruos. Fue Gea la paridora de monstruos. La isla de Afrodita se vio así vendida a la condición de lo terreno cuasi-caótico, por encima de su verdadera naturaleza celeste de Uránida.

Los procesos de descolonización suelen ser hediondos, tanto por la exacerbación de la ira del perdedor, como por la necesidad de hacer daño que llega a poseer al pueblo que busca la soberanía. Estos procesos, en los casos extremos, son verdadero cáncer. La gravedad de la afección depende del valor estratégico del territorio en cuestión. Así, la Irlanda del Norte solo es grave para los irlandeses; Puerto Rico ya es grave para el Caribe; Chipre es grave para el Mediterráneo: Adén, para el mundo. Obsérvese bien; la gravedad no viene del valor estratégico, ni de la mentalidad de los pueblos en cuestión. Lo canceroso viene del poderoso lejano que no tolera opiniones ajenas, que no perdona ambiciones que no sean las suyas, que no consiente en que haya otro que gane un centavo sin que pase por la caja registradora imperial.

Cuando la independencia se tiene, o se recibe, sin pelearla, suele ser o débil o ficticia. Lo que poco cuesta poco vale. De ahí que haya naciones que en realidad sólo lo son en el Derecho Internacional, pero que carecen del ideal común de convivencia. La mayor parte de las naciones hispanoamericanas adolecen de esta circunstancia, por lo cual sus poblaciones carecen del ritmo colectivo vivificador de la empresa común. Muchas de las naciones del Africa negra, o construyen en un futuro próximo una entidad extra-nacional, o corren el peligro de la recaída tribal. En el Oriente lejano, gracias a la guerra de aplastamiento del Viet-Nam, el nacionalismo empieza a exacerbarse. Siempre la guerra contra el extranjero ha sido fecunda y positiva, pues aleja la guerra civil y construye la nación. Y aunque parezca una contradicción, gracias a la intervención extranjera, lo que empezó como guerra civil en aquel país, ya es guerra nacionalista. Empédocles sabía bien que el odio, el *neikos*, es tan necesario como el amor.

Chipre se encontró con que el cónclave de las naciones apoyaba su nacionalización, pero (a los poderosos se les puede rascar las pulgas, pero no arrancar las liendres) no su provincialización; se le apoyaba en ser independiente y débil en manos de Inglaterra, pero no la Enosis. De paso, señalemos otra ley de la historia: las metrópolis se identifican menos con las provincias que las provincias con su metrópoli; ley que en el presente caso se manifestó como en un menor interés de Grecia por Chipre. Grecia no se jugó todas sus cartas por la provincia irredenta; toleró que algunos de sus hijos lo hicieran, habló, pero hizo poco. La acción decisiva estuvo entera en manos de Chipre, y Chipre, contra su voluntad, ahora se encuentra jugando el papel de nación (9).

En este juego, la misión de Chipre es ejemplar para con la humanidad. Siempre ha sido destino de los pueblos griegos el poner de manifiesto que sólo se pisotea al pueblo que se deja pisotear. Por pequeña que sea una nación, tiene ante sí la opción de pueblo soberano. Si se pragmatiza, si prefiere entregarse a la inercia, entonces es terreno abonado para el neocolonialismo. No me refiero a penetraciones económicas; el dinero solo esclaviza a los esclavos del dinero. Hablo de los pueblos, naciones de nombre, con mentalidad de siervos.

¿Puede ser la nacionalidad el proyecto radical de Chipre?

(9) CHIPRE:

Acaso florecieron los limoneros en los huertos de Chipre,
se abrieron las rosas, aroman los lirios,
acaso las barquichuelas huyen de los fondeaderos
para encontrar en mar abierto la paz victoriosa.

De la costa de la isla sopla el viento favorable
para subir del oriente al occidente.
La espuma blanca que embellece a la ola
huye de Pafos alegre a extinguirse en Falero.

Y la otra ola, la grande, bañada de sol crece
en el Egeo, en el Jónico, en el Mirto, en el mar de Creta,
y como con dolor materno en su regazo se extiende.
¿Llegará acaso ahora a la isla de Afrodita...?

¡Ola sagrada, que te formó la lágrima de muchos siglos
y vedas la tolerancia y vedas la esperanza,
abrásanos la isla de una punta a la otra
y dale el dulce beso que la patria ansía!

(G. Athanas)

Es evidente que no. Solamente las trapacerías debilitantes pueden justificarla. Necesariamente tiene que ser un proyecto transitorio, así como a su vez, a la larga, la nacionalidad radical solo puede ser proyecto transitorio hacia otro proyecto más humano. El destino de los pueblos griegos ha sido siempre el de construir, mediante sí mismos, la historia de la humanidad. Por esto, una vez más ante la historia, Chipre, la carne misma de Afrodita, el vínculo universal del amor guerrero, tendrá que ser el germen del futuro proyecto supra-nacional.

La historia de la URSS, la historia de los hechos históricos, es la trayectoria de una apisonadora rusificadora. Desde los siglos XI y XII hasta hoy, su historia es la narración de una constante absorción del vecino de turno. Cuando España descubre América, Rusia coloniza Siberia y se apropia la mayor parte de Ucrania; cuando Inglaterra empieza su coloniaje, Rusia se extiende hasta el Mar Blanco; y cuando Alemania se despierta e intenta colonizar, Rusia se extiende por el Cáucaso y el Pacífico; en nuestro siglo Rusia ocupa media Europa y el centro de Asia.

Ante este ritmo inexorable rusificador, la reacción primaria es de sentirse arrollado.

Sí, para buscar consolación, se le da la vuelta al globo, encontramos otro proceso semejante.

En menos de doscientos años, las pequeñas colonias del este americano que se bautizaron a sí mismas con el nombre del continente (10), para que nadie se llamase a engaño sobre su proyecto histórico, han ido absorbiendo a sus vecinos y anglicizándolos: media América y media Oceanía, sin contar presuntas penetraciones económicas y bases militares.

Entre estas dos apisonadoras, quien no quiere ni ser rusificado ni ser anglicizado, quien establece como proyecto vital el de ser sí mismo y no ser otro, sufre las consecuencias. Los intereses de las dos apisonadoras son complementarios y parten a los países intermedios por meridianos. ¿Será la única esperanza de Chipre la de verse un día cortada en dos pseudo-colonias, separadas por un meridiano?

Pero esta polaridad solo se da en apariencia. Al acercarse un poco a los pueblos, se ve el proceso paralelo de la reversión (no revolución). Si la anglicización ha fracasado, pese a todos los poderes, en Canadá y en Puerto Rico; si la rusificación ha fracasado en Hungría y Rumanía; todavía hay esperanza para Chipre. Las nacionalidades tienen ante sí la brillante perspectiva de su propio futuro. No me refiero especialmente a la tesis del "tercer mundo"; simplemente usar esta nomenclatura ya es darse por perdido, pues es aceptar la univocidad de dos polos de poder. Me refiero al mundo de los ideales humanos vividos en el propio idioma y en el propio terruño. Me refiero a la búsqueda de una forma de ser hombre que no sea la de una masa extranjerizada. Me refiero a una (a varias) supranacionalidades, forjadas desde las nacionalidades y no aplastándolas.

Con esto no hago profecías. Allá los hombres del mañana (si los hay) vivan como puedan. Diagnostico lo que veo. Y veo a Afrodita cansada y aburrida de convivir con su monótono marido Hefaios y prefiriendo a Ares. Veo a los hombres cansados (no de la industria ni del vivir confortable) de que se les quiera

(10) Los USA, de utilizar una denominación racional, deberían usar la de "Confederación de algunos Estados de América y alguno de Oceanía". Es curioso que en inglés un hawayano sea "americano" y un mexicano o argentino no.

imponer la dialéctica de la lucha de clases como el summum de la libertad, o el inglés comercial como el idioma de Shakespeare. Los materialismos miopes (ya sean dialécticos, ya sean pragmatistas) no pueden dar apertura a la inteligencia individual. Y si el hombre piensa ideas, necesita vitalmente que esas ideas sean ideales dignos, merecedores de vivirlos día a día.

Con el romanticismo y el idealismo, Alemania ofreció a la humanidad lo más rico de su ser. Otra desviación miope la hizo creerse el único ombligo del mundo y traicionó su destino universal. Todavía hoy es el país rico en genio. Acaso sea la fecunda gleba de una, entre varias, supranacionalidad, con la dulce Francia y la risueña Italia. La China, si logra superar el tribalismo (del que sólo la sacaron los mongoles) y esquivar el cerco anglosajón, acaso lo sea de otra. Los pueblos negros son los que tienen baza más difícil que jugar; el blanco (a disgusto, pero usando la razón) les hace hoy confianza; tienen que empezar a demostrar que la merecen.

Chipre, nación griega, tendrá que construir la supranacionalidad, no con Inglaterra, ni con la URSS y los USA, sino con Grecia y... con Turquía y con Bulgaria. Tarea difícil.

8) EL IDEAL DE LA PAZ

En nuestro siglo es habitual presentar la guerra como un mal y la paz como un bien. Esta costumbre tiene fundamento en los hechos mismos. La guerra es matanza, gangrena, intestinos al aire, sesos bañando los pies. Es dolor y es crueldad, es saña y asesinato colectivo. La paz, por el contrario, es la condición para que la tierra dé sus frutos y las fábricas lo sean de paz y no de armamentos. Pero se da un peligro en nuestro tiempo: el de la guerra aséptica. Así como se habla mucho, como si fuera un mérito, de buscar la bomba atómica "limpia", cuando lo sucio solo se limpia por exterminio de su misma esencia de sucio, y no por su pulido, así se está desarrollando un tipo de guerra mecanizada, en la cual se procura evitar el "cuerpo a cuerpo", sustituyéndolo por el apretar botones, y reemplazando las pirámides de diez mil cráneos de los tártaros por el "vietnamizar" poblaciones civiles. Pero no hay guerra "limpia" posible.

Mussolini, hombre de gran talento siempre durmiente sobre las realidades, se atrevió a expresar aquella afirmación de que "la paz es el período entre dos guerras". Tenía que ser en el pueblo menos belicoso donde se llegase por boca de un gobernante al paroxismo del belicismo. Si la guerra tiene algún sentido es en cuanto medio de dejar de ser guerra. En la mitología, el dios menos definido es precisamente Ares, pues su ser consiste en la negación del ser de los demás dioses, los cuales, todos, tienen su propia manera de ser en la cual en ocasiones se inserta el guerrear, pero como circunstancial. De ahí que el culto puro a la guerra sea negación de toda forma positiva de ser.

La paz no es tampoco algo en sí; consiste en la condición de la realización de la convivencia. La guerra civil es permanencia en el tribalismo o retorno a la vida elemental de los clanes prerracionales. La guerra entre pueblos, o es resultado del hambre, o lo es de la ambición. Siempre es más cómodo cobrar tributos al prójimo que sembrar la tierra por sí mismo, ... mientras se sospeche que el prójimo es cobarde. Si todos los pueblos hubieran estado convencidos de ser todos valientes, no hubiera habido guerras. La ambición, unida al desprecio, engendra la guerra. La ambición, unida al mutuo respeto, engendra la paz.

Ha habido un pueblo, el turco, encarnación del espíritu de la guerra. Ni la antigua Esparta, ni la Roma republicana (aristocrática), ni Prusia, se han dedicado al cultivo de Ares como el pueblo turco. La polarización inteligente de todas las energías en mandar sobre otros hombres es la característica de aquel pueblo uraloaltaico, que se dio a sí mismo un destino exclusivo. Por eso, el turco no fue ni religioso, ni racista, ni filósofo, ni científico, ni poeta; fue guerrero, el soldado por excelencia. Por eso, fue un pueblo de "hombres", en el sentido preciso del sexo, tomando las mujeres del *habitat* conquistado. De ese modo, no tiene sentido ya hace muchos años el buscarle al turco la genealogía; probablemente en lo que se llama turco, desde el siglo XVII hay mayor ingrediente de sangre armenia y griega que uraloaltaica, como es puesto de relieve por los rasgos fisiognómicos mismos. Sin embargo, el turco hizo crisis en el XIX, y como es general en la decadencia de los imperios, esta crisis no era interna. Es una tontería el hablar de la decadencia de la Corte turca; solamente quienes no peleaban con los turcos podían decir tal cosa. La crisis turca se dio cuando los pueblos sometidos a tributo crecieron en población y se alzaron contra el domeñador, y éste se encontró con que era insuficiente, no por cobardía, sino por número. La extensión del imperio otomano se había dado sobre territorios de población casi exterminada por tres siglos de guerras cabales.

Al perder su imperio, el turco se ha encontrado con que guarda la responsabilidad guerrera, la defensa de los estrechos, y con que en su actual territorio la vida predominante es agrícola. Llegará un día en que los Dardanelos sean internacionalizados (la mayor dificultad para lograrlo está precisamente por parte de los occidentales, que los prefieren turcos y así cerrados a la flota rusa), pero mientras tanto Ares reina día a día en Turquía. La vía de la industrialización no ha sido iniciada todavía, pues la única relación de Ares con Hefaiostos es robarle la mujer.

Por esto le fue fácil a la Gran Bretaña poner en danza a Turquía en el caso de Chipre. Ni había problema serio de minorías, ni había problema serio de relaciones entre vecinos o entre barrios, ni había problemas de rivalidades de religión. Cien años de historia lo prueban: el turco es terrible en los momentos radicales y es (buen político) comprensivo en la vida cotidiana. El asunto no era la minoría, era la base estratégica, era el miedo por Constantinopla. Y sobre todo, era un bluf. Lo malo es que los hombres, a veces, se creen los blufs. Y hubo muchos muertos en Chipre, porque la política de las tijeras se cernía sobre la isla. No era ya lo bastante pequeña para que como nación fuese difícilmente viable y se pretendió hacer dos. Así, el único beneficiario era la Gran Bretaña.

Turquía no tenía ningún argumento moral para hablar en nombre de una posible minoría, pues Turquía, tras perder su imperio, se deshizo radicalmente de sus minorías, exterminándolas. La Gran Bretaña había apoyado los traslados de población, por ejemplo, para acabar con Prusia. El genocidio solo es delito cuando lo han realizado los vencidos.

Que Chipre es caso ejemplar en la historia nos lo pone de relieve el que ha sido el único caso en que la política de las tijeras ha medio-fracasado. Chipre ha puesto de manifiesto, no con teorías, sino con la fuerza de los hechos, que la mutilación se sufre cuando el pueblo en cuestión se deja engañar. Pero si se planta ante los halagos y ante las amenazas, entonces, ¡oh milagros de la política!, termina habiendo paz. Y es así porque se suprimen las causas de la inestabilidad permanente. Afrodita cohabita con Ares y lo destruye, tal como hace la *mantis religiosa*.

La causa de la unidad chipriota vino a ser el sustitutivo de la Enosis. La rivalidad turca no era más que el enmascaramiento de la política debilitante anglosajona. Pero como la Gran Bretaña es inteligente, hábil y tenaz, logró practicar al menos el tijeretazo simple, y se aseguró de que Chipre quedase cortado de Grecia.

Este primer tijeretazo salvó a Chipre del segundo, no de manera automática, sino por guerra. Y la guerra nacional de este modo engendró la unidad de la isla. Y desde la paz, la paz reina entre mayoría y minoría. Si alguien no sopla el fuego desde fuera, el fuego se apaga.

Cuando Einstein escribió su famosa carta a Freud proponiéndole un intercambio de opiniones sobre la paz, la respuesta de Freud no fue muy consoladora. Por eso la Sociedad de Naciones no publicó las cartas y las mantuvo archivadas durante veinte años. La respuesta de Freud no es pacifista, es realista, aunque Freud no era menos amante de la paz que Einstein. Era una correspondencia entre dos judíos, y el judío suele hablar de paz y hacer guerra. Freud tuvo el coraje de examinar a los hombres y de encontrar en ellos las dos raíces de amor y odio, como impulsos vitales, y de mostrar que el camino hacia la convivencia en paz no pasa por la simple eliminación de la palabra odio, sino sobre el lento y penoso fortalecimiento de los vínculos de amor. El camino hacia la paz no pasa por la supresión del odio, sino por el de su superación por encauzamiento.

Cuando triunfó en la dulce Francia la revolución, encontró frente a sí la guerra civil; aristócratas y vendeanos la repudiaban. Y luego encontró frente a sí a Inglaterra, por roces coloniales. La revolución era un ideal de paz entre los hombres; no era una afirmación pragmatista. ¿Qué francés hubiera peleado en aquellas décadas en nombre del estómago? Los ideales son exigentes y su implantación es exigente. El ideal de la paz entre los hombres, nacido en el siglo XVIII en francés, ha llevado a las guerras de independencia, a las guerras de liberación, a las guerras de descolonización, a la guerra contra el racismo germánico, y, una vez más, a la última guerra de liberación de Chipre.

Cuando hablo de guerras de liberación, hablo, claro es, de guerras hechas por un pueblo esclavizado contra el opresor. No de esos otros casos en que un país utiliza la terminología pacifista para "liberar" a otro pueblo, que lo que quiere es mandar en su propia casa. La liberación "desde fuera" siempre es guerra de conquista, más o menos enmascarada.

Hoy, Grecia y Turquía, por sí solos, no tienen conflictos graves. Constantinopla es ya inalcanzable para los griegos, como lo es Chipre para los turcos y los ingleses. Con Bulgaria tendrá permanentemente el conflicto de la aspiración búlgara de la salida al Egeo, pero ese conflicto, hoy latente, tiene la contrapartida de la presión rumana y, sobre todo en un día que deseamos no remoto, la entente comercial greco-búlgara, que dé al vecino del norte las ventajas económicas que merece, por encima de los viejos egoísmos.

Como Chipre en el Mediterráneo está obligada a jugar un papel ejemplar, la conducta de Chipre en el futuro próximo tendrá que ser la pauta del desarrollo de las relaciones entre Grecia, Turquía, Bulgaria, Egipto, etc. El triunfo del buen sentido, el reconocimiento de la humanidad, no en una definición abstracta, sino en los hombres concretos, la aceptación del polimorfismo de los hombres, desde Chipre, puede ser el puente hacia la supranacionalidad del Levante, mucho más difícil que la de la Europa occidental o la del Sudeste asiático.

DE ZENON A LA REPUBLICA

Zenón, hijo de Mnaseo (11), nació en Citio, pequeña población de Chipre. Además, Zenón creó el estoicismo.

(11) Vid., D. LAERCIO, VII, 1 ss.

La casualidad sólo existe para quienes no saben ver. Para el *vidente* parmenídeo no puede ser simple azar que el estoicismo lo elucubrase un chipriota. Los griegos habían creado el cinismo para sobrevivir bajo los diádocos: cuando mengua la libertad política, el hombre inteligente lleva vida de perro. El chipriota Zenón elevó el cinismo a un nivel superior, antepuso la dignidad de la persona y creó el racionalismo ético, la única moral racional original que la humanidad ha inventado.

Zenón tenía la cerviz torcida; delgado de cuerpo, era de más de mediana estatura y moreno de color. Tenía las piernas gruesas y duras, pero de pocas fuerzas. Era de aspecto melancólico y áspero. Frente, rugosa. De habla, concisa y breve. Dedicado al comercio por mar, se salvó de un naufragio en que perdió sus bienes. Buena ocasión para practicar el desinterés, y Zenón Citio la aprovechó; fundó en Atenas la escuela estoica y la regentó durante cincuenta y ocho años. Se mató por autoasfixia a los noventa y ocho de edad, habiendo vivido sano y sin enfermedad alguna.

La filosofía estoica es muy fácil de resumir: confianza en la razón. Por esto, es la expresión directa del más grande optimismo vital. Y del más exigente. Zenón, como todo verdadero buscador de sabiduría, puso a la voluntad un objetivo: la felicidad. Solo son ciudadanos, amigos, parientes y libres los virtuosos y buenos. Son virtuosos y buenos quienes viven conforme a la naturaleza; y esta conformidad del ánimo se establece mediante la razón. Los bienes del alma son las virtudes y su realización. Los bienes externos son tener una patria ilustre, un amigo fiel y felicidad en todo.

Los estoicos romanos, mucho más tarde, serán cosmopolitas, apátridas; porque Roma pretendió acabar con los patriotismos. Pero Zenón considera la patria ilustre como el primer bien externo, y como el primer vicio externo el haber nacido en una patria estúpida, *áphrona*, imprudente, abotargada, somnolienta, envilecida. Y el emigrado Zenón recordó como su bien externo principal a su patria, pidiendo que ésta constase al lado de su nombre cuando Atenas quiso honrarlo. Pero además escribió cómo deseaba que fuera la patria ilustre racional: igualdad de hombres y mujeres; hombres libres, libres políticamente y libres de prejuicios; superación de la familia para que todos, platónicamente, sean una sola familia. Libertad por el uso de la razón y patria ilustre por sus ciudadanos libres son los dos objetivos de la *República*, la *politeia*, de Zenón.

La ejemplaridad de Chipre se nos manifiesta una vez más en el culto estoico al varón *prudente*. No al sabio erudito, sino al "sabio precavido". El hombre prudente se guía por la razón para conocer lo que es conforme con la naturaleza y busca la convivencia según una adecuada ordenación de hombres libres. Para ello, primero establece el dominio de los apetitos y sentidos; luego, el gobierno de la República por los hombres prudentes. Sin olvidar que el criterio prudente, una vez establecidos sus fines, es inexorable en los medios, pues la razón es el escudo de la libertad.